This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

G704
L544a

Lemoine, Joaquin de, d.192
... Artistas y poseuses.

[redacted]

G704 L544A LAC

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

This Book is Due on the Latest Date Stamped

GG-12

DOCTOR JOAQUÍN LEMOINE

Artistas y Poseuses

CONFERENCIA

DADA EN EL ATENEO

BUENOS AIRES
Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco
CHILE, 263 Y SAN MARTÍN, 155
1897

Artistas y Poseuses

DOCTOR JOAQUÍN LEMOINE

Artistas y Poseuses

CONFERENCIA

DADA EN EL ATENEO

BUENOS AIRES
Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco
CHILE, 263 Y SAN MARTÍN, 155
1897

Al distinguido
literato Sr. Dr.
Manuel Gondra
Testimonio de alta
consideracion.

El autor

Bruselas Enero
1901

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

AL LECTOR

Encontramos pertinente dar al público los motivos de esta edición, sin entrar en juicios críticos que le pertenecen á él y no á nosotros.

El nombre del autor nos era perfectamente conocido, pues había brillado de años atrás en la república de las Letras Americanas; los principales diarios de esta capital, como La Nación *y* La Prensa, *anunciaron su conferencia, anotando la novedad de la tesis. Atraídos por esa novedad, concurrimos á ella, y encontramos un público selecto de caballeros y señoras, mucho más nu-*

APR 1 1946

541943

meroso que el de costumbre en las veladas literarias del Ateneo.

Cuando el doctor Carlos Vega Belgrano, Director de EL TIEMPO, *presentó al público al distinguido conferenciante en los términos justicieros y encomiásticos que el lector encontrará á continuación, los aplausos no se dejaron esperar, lo que indicaba que encontraron eco simpático en el corazón del auditorio.*

Durante la audición, esos aplausos se repitieron con entusiasmo.

Cuando el orador bajó de la tribuna, le rodearon las felicitaciones férvidas de los hombres de Letras, y el digno representante diplomático de Bolivia, doctor Telmo Ichaso, invitó entusiasmado á numerosas personas á tomar en la Legación una copa de champagne para festejar el triunfo literario del amigo.

Al siguiente día los diarios de esta capital pronunciaron juicios propicios, si bien formulados con la premura que

imponen las noticias del momento en el vértigo de la prensa diaria.

Así explicados los antecedentes de esta edición, esperamos que la acogida que le dispense el público, nos sirva de estímulo para otras posteriores.

LOS EDITORES.

DEDICATORIA

Señor doctor Manuel Carles:

Nos cupo en suerte acercar nuestras inteligencias en un mismo proceso, en defensa de la misma víctima. Tuve entonces ocasión de apreciar el poder de su talento y la magnitud de su ilustración profesional, que tanta notoriedad han adquirido, con justicia, en el Foro argentino.

En homenaje de ese recuerdo, dedico á usted estas páginas sinceras.

El Autor.

Buenos Aires, Agosto 2 de 1879.

Distinguido doctor:

La dedicatoria de su interesante Conferencia estimula mi actividad profesional, ya que mi modestia intelectual no puede aceptar los laureles con que usted ha querido enaltecerla.

Para justificar el motivo de la gentil dedicatoria, recuerda usted el caso judicial célebre de la niña homicida por defender el honor, en el que usted, desde la tribuna del periodismo, hizo la defensa oficiosa más brillante que pudo imaginar la mente que con igual maestría deleita con la belleza y aplica los dictados de la moral y de la ley.

¡ Gracias, ilustre artista !

Dichoso usted que posee talento para ser útil al desvalido y fantasía para recrear con las soberanas manifestaciones del espíritu: el ideal.

Saludo á usted con mi mejor saludo.

M. CARLES.

PRESENTACIÓN

por el doctor Carlos Vega Belgrano

SEÑORAS Y SEÑORES:

Un día llegó á Hamburgo, lugar de mi residencia entonces, un hombre joven que hablaba con calor de América y de cosas de arte. Ese hombre era el doctor Joaquín Lemoine, que va á ocupar dentro de breves momentos la tribuna del Ateneo.

Joaquín Lemoine es nacido en Bolivia, y desciende de héroes. Se hizo abogado en Chile. Es historiador. Fué periodista en el Río de la Plata y diplomático en varias naciones.

El general Mitre ha hecho resaltar con elocuencia los méritos de Joaquín Lemoine como historiador. Hoy nos va á hablar Lemoine sobre el modelo, al que tanta fruición deben los artistas y tanta gloria el Arte.

¿ Qué nos dirá de él ?

No lo sé.

No conozco su conferencia. Nos hablará, acaso, de la virgen que sirvió de modelo al escultor de Tanagra; acaso de la divina Monna Lissa, ó de las nobles de Viena que enceguecieron con sus carnaciones á Macquart.

Escuchemos, señoras y señores, con simpatía la palabra de Joaquín Lemoine.

He dicho.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Agradezco de lo más hondo las palabras inmerecidas con que acaba de favorecerme el ilustrado señor Vega-Belgrano y la gentileza con que me extiende la mano para presentarme á su auditorio en el estrado del Ateneo.

Confieso que estoy sin zozobra, porque la experiencia propia en actos análogos me ha demostrado muchas veces que la indulgencia está siempre en razón directa de la cultura social, y porque no vengo á enseñar á nadie, mucho más que hay entre vosotros quienes pudieran enseñarme á mí en materia de arte.

Y no pretendo enseñar, porque ni el conferenciante es un pedagogo, ni la conferencia es un curso didáctico, ni la tribuna literaria es una cátedra.....

Si he rehuído, intencionalmente, de penetrar en la historia de la plasticidad, en el espíritu del arte y en su influencia social desde las obras clásicas y los tiempos prehistóricos hasta nuestros días, es porque ya hay mucho, muchísimo escrito sobre tal tema. Además, si hubiese pretendido estudiar el arte bajo todas sus faces, habría terminado por escribir un libro en vez de una conferencia..... Si he preferido caracterizar un tipo social, es por lo mismo que no ha sido objeto de ninguna conferencia anterior, por lo mismo que no conozco ningún trabajo especial á su respecto.

Nociones claras, observaciones personales, impresiones propias, dignidad en el lenguaje y estilo que lleve la marca de factura de su autor, es todo lo que puede exigírseme, y es todo lo que traigo.

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

Artistas y Poseuses

Fragmento de un libro

Conocer París! He ahí algo que muchos imaginan y que no todos han realizado! Cuántos viajeros sud-americanos vuelven de París sin conocerlo! ¿Qué han visto de él? París exterior, París *boulevardier*; los cafés *Julien*, *Mazzarin*, *Madrid*, *Americain*, *Wetzel*, *Tortoni*, *Deumolard*, avisperos de mujeres airadas, que hormiguean y abundan en estudiados abandonos y vivacidades forzadas, en medio de una atmósfera afrodisiaca de polvos de arroz y de perfumes acres.

¿Qué han visto? *Folie-Bergère*, *Le Moulin-Rouge*, *El Dorado*, *Le Musée Grévin*, *Le Jardin d'Hiver*, *Bullier*, *Le Chinois*, *Longchamps*, los torbellinos del boulevard, los remolinos femeniles de la *brasserie* y otras cosas por el estilo.

En tanto, París literario, París beneficente, París religioso, filantrópico, social, industrial, financiero, político, oficial y artístico, ha pasado apenas por su visual en lejana penumbra como los cuadros cinematógrafos de Edison.

* * *

Tal era el tema de amplia y chispeante conversación de un grupo de amigos que en traje de frac, cenábamos en torno de una mesa al regreso de *La Comedie*, en el aristocrático « Café Paris », de la *Avenida de la Opera.*

Uno de ellos, pintor, volviéndose á mí:

— « Todo está bien, — tu pasión por las letras te ha arrastrado; te has puesto al corriente del movimiento literario y periodístico; has devorado las obras

de moralistas, poetas y novelistas; conoces esa reversión esplendorosa al pasado que se llama decadentismo; yo sé que tu posición oficial te ha llevado á los estrados de la aristocracia; que el gobierno francés ha gastado dos *millones de francos* en festejarlos á ustedes los delegados al «Congreso Internacional Telegráfico», y que se les ha dado bailes en el Elíseo, en los palacios de los Ministerios, banquetes en el Hotel Continental, en Versalles, en la *Torre Eiffel*, en el *Hotel de Ville,* excursiones al *Havre* y á *Rouen,* al través del Sena, en vaporcitos triunfales y cubiertos de banderas; funciones de gala en los principales teatros de París. Yo sé todo eso, y muchísimo más que eso; pero sé también que no conoces París artístico, ni siquiera por el forro, como vulgarmente se dice.»

Sin afirmar ni negar, contestéle por la boca de la herida de mi amor propio. Le hablé de algunos maestros antiguos y modernos de la pintura y la escultura, de mis visitas al *Louvre,* al *último Salón*, al departamento de *Los Rehusados* en el *Palacio de la Industria*, de la

Escuela de Bellas Artes, de mi intimidad nerviosa con algunos cuadros; de mis delectaciones artísticas, de las escuelas española, holandesa y flamenca, de las obras de *Van-Dick* y *Rubens*, de la escuela alemana, de la escuela idealista de *Munich* y *de Dusseldorf;* de la fidelidad de los artistas modernos al viejo culto de la desnudez gloriosa, en la que la admiración mata al deseo y la adoración de la humanidad postrada mata á las codicias de la concupiscencia. Habléle de esos muertos desnudos, pero muertos que son Dioses; del predominio de lo oscuro; de los triunfos de la claridad; de la lucha de los colores; de la gramática del dibujo; del rojo-azulado; del blanco-plateado de los holandeses; del oscuro exagerado de los españoles; del colorido caliente de los flamencos; de las mezclas brillantes de colores de los venecianos; de esa resurrección feliz que se llama el *Renacimiento*, grandiosa evolución que en la pintura ha resucitado lo natural, poniendo á la luz los arcanos de la belleza, los secretos de las formas, y las tonalidades deliciosas; que

ha penetrado los misterios carnales poniendo los sentidos del artista al servicio de sus facultades, haciendo del culto de la belleza un culto de respeto y adoraciones. Díjeles que ese Lázaro luminoso del *Renacimiento,* volvía, como en lo antiguo, á hacer de una tela, de un bloque informe de mármol y de arcilla, la perfección de las Divinidades, y las divinidades de la perfección, bebiendo sediento en la fuente de la naturaleza, al punto de que en la escultura brillaban los ojos, sonreía la fisonomía, palpitaba la vida, circulaba sangre invisible por invisibles venas; al punto de que faltaba sólo que alguien le dijera como Miguel Angel á su Moisés: ¡ Habla ! Habla!...

Mis amigos aplaudieron. El artista, después de un silencio mohino, repuso:

—«Eres un neófito!.. Te espero mañana en mi *atelier.* Vete temprano. Los artistas somos obreros matinales».

* * *

Al siguiente día tomaba un *fiacre*, en la puerta del *Hotel Belle-Vue*, Avenida

de la Opera, y atravesando de prisa el gran *boulevard*, llegué á la *rue Chabrol* número 16.

Una angosta y empinada escalera de madera. Seis pisos de ascensión!..Uff!.. Llegué fatigado y jadeante, y toqué. Salió mi amigo artista á recibirme con la paleta en la mano, un pincel en la boca y un saco de dril salpicado de manchas multicolores de pintura; las mangas remangadas.

Una sala grande y pictural, los muros tapizados de cuadros al óleo, entre los que descollaban los retratos de la Reina de Italia y de *Paul de Casagnac*, célebre redactor de *L'Autorité;* fotografías desparramadas por el suelo, pomitos de zinc con pintura, cofres, espátulas de marfil, brochas gordas, pinceles finos, palillos de tiza, trapos pintarrajeados, caballetes, trajes antiguos pendientes de perchas, lienzos en blanco, esbozos inconclusos, algunos muebles humildes. He ahí el pobre *atelier* de mi noble amigo.

—La señorita Olga Wilinsky, me dijo, señalándome con la mano á su *poseuse;* y agregó: — déjame indicar algunos rasgos, y seré todo tuyo.

Olga, en la flor de la juventud y de la hermosura, era una violinista austriaca que fué á París, contratada en una orquesta ambulante de *Cafes-Concerts*.

Por una desinteligencia con el empresario, quedó en la calle, y cuando estaba en vísperas de *faire le trottoire*, se contrató como *poseuse* por dos horas diarias á tres francos la hora.

De pie, desnuda, frente á un espejo, la cabellera mojada, en actitud de secarse con una sábana, recién salida del baño. Desparramadas á sus pies piedras preciosas, arenas irisadas, flores salvajes, conchas rosadas, ovas verdosas, algas marinas. Hojas acuáticas enredadas al descuido entre su cabello; gotas de agua, como perlas líquidas, como diamantes trémulos, se desprendían de sus extremidades, rociando á su redor. Alta, esbelta, de rostro oval, nariz fina y amorosamente dilatada, labios como granadas en flor, sonrientes en sus extremidades, con expresión de orgullo y añidando sonrisas malignas: su frente pequeña, de gracia infinita y de resplandor ideal; sus perfiles cleopátricos

de belleza pagana, su suelta cabellera pesada, metálica, viviente, chaparrón de azabache, y sus carnes mórbidas, pero no exuberantes, disputaban al ópalo su blancura.

Bañista de alabastro sonrosado, linfa enguirnaldada, Diosa de las aguas! Esas aguas tristes, — cuyas ondas tienen quejidos y cuyas gotas parecen lágrimas, — esas aguas tristes de ya no acariciar con sus húmedas ternuras, de no dar ya sus besos mojados, lentos y tibios á ese cuerpo juvenil vestido sólo de voluptuosidades divinas, á esa visión fresca y encantadora para quien el traje sería una profanación, — náyade desnuda que en dulce soledad debiera ser vestida solamente con las delectaciones artísticas, las caricias celestes de los Dioses, el perfume de las anémonas, ó las blondas de Venus, tejidas de espuma, — vestida así, sólo así, para no dejar temblorosa y estremecida su epidermis de nardo.

El artista, sentado sobre un taburete, se inclinaba sobre su lienzo ó se aproximaba á su modelo. Tarareando una canción, picaba con la punta de su

pincel cada uno de los diferentes colores, azul, verde, oro, negro, y los embadurnaba en la paleta policroma en mezcolanza, misteriosa para mí, y con manos crispadas y nerviosas, los trasmitía á la tela. Parecía borrar lo que había pintado y rehacer lo que había borrado. Ya deslizaba el pincel en línea perpendicular, ya seguía con suavidad los contornos trazados, ya atenuaba el tono, ya calentaba el colorido, ya borraba con la yema del dedo meñique las coloraciones intensas, ya secaba sus pinceles en el extremo de su saco.

En el semblante de Olga se reflejaba el deseo de verse bien reproducida y el vivo interés de que su imagen fuera el símbolo de la alianza del talento y la belleza, el timbre de su vanidad, el precio de sus fatigas. El la contempló en todos sus detalles, le extendió sobre un hombro desnudo un copo de su cabello.

Esos contactos tan inconscientes para el hombre, tan espirituales para el pintor, tan sancionados por el arte, no parecían insensibles á la *poseuse novel*, poco avezada á ellos. Se purpuraban sus mejillas; su desnudez la estreme-

cia. Heridas á fondo sus líneas vírgenes por los halagos del arte y de la luz, inclinaba con candor sus pupilas, agachaba dulcemente su cabeza, sin la audacia de la mujer primera antes de tomar en el Paraiso las hojas de viña; sin el valor de las Diosas de la antigüedad pagana que se paseaban sin pudor á la sombra de los bosques sacros. Se esforzaba por cubrirse, y habría huído como la virginal Galatea huía de los pastores y escondía su castidad detrás de los sauces y de las sombras.

¡El desnudo! Idolo antiguo, idilio mitológico, lirio carnal, flor de ensueños paganos, esplendor supremo, revelación castísima. Venus, — virgen surgida de la sonrisa espumosa de las aguas, habitarás siempre en el Olimpo; siempre la humanidad te adorará de rodillas... No estás desnuda!... El incienso del culto será tu manto. Tu pudor será siempre cubierto con el velo de la inmortalidad!

Por algo la antigüedad generosa ha prestado su alma á los siglos sobrevivientes, al punto de que los grandes maestros, en vez de mirar á su redor, vi-

ven contemplando un pasado vigente y remoto, uu mundo clásico. Todos ellos desde que dejan el caballete de la escuela, son atenienses y orientales, que llenos de videncias intimas y de claridades antiguas, persisten con valor en la idea, visten sus figuras actuales con dalmáticas antiquísimas ó las presentan desnudas, friolentas, con el frío de tantos siglos.....

* * *

En literatura germina también una tendencia semejante, bautizada con el perfume del pasado. Unos y otros tienen su residencia en Atenas y Grecia, su domicilio legal en el Partenón. Respiran la atmósfera intelectual de la meseta de Acrópolis, y, ¡quién los hace bajar de esas alturas! Se embarcan en el Pireo, en esquifes de oro, con velas formadas, no de lonas, sino de celajes, soplando á popa un huracán de ideas....

Bogan con remos de marfil, y cruzan á la aurora,—á la aurora de las edades,

541943

—un mar de añil, como el Mediterráneo en sus días de tempestad; cruzan el océano sin fondo y sin riberas de la fantasía helénica, coronadas sus frentes de rosas y de tuyas, rociadas sus cabezas con los diamantes trémulos de la mañana de la vida. Por los horizontes de ese océano, sacude sus alas y extiende el vuelo el alma de lo infinito...

¿A dónde van esos héroes del idilio, esos hijos de la armonía? A derramar *flores eternas* sobre la cuna de la humanidad. ¿A dónde van? A desembarcar en un paraíso mitológico, un paraíso sin proscritos, en cuya puerta siempre abierta les espera Teócrito, no con la espada bíblica de fuego del Arcángel, sino con la cítara de marfil en la mano.

Las abejas de oro del Himeto circundan sus frentes; las Musas les hacen bajo sus alas recepción cariñosa y los arrullan con los conciertos de sus salmos filhelénicos.

Esa es su dicha: seres retrospectivos, el presente y el porvenir son páginas en blanco, — viven cubiertos con el polvo sagrado de los tiempos étnicos, y co-

lorean su inspiración con los reflejos prismáticos del pasado.

* * *

El artista trazó nuevas líneas con ojos centellantes. Vaciló, y, reanimado, dió algunos toques con ágil celeridad, de resultados felices. Se levantó, y, de pie, dibujó nuevos rasgos.

El rostro encendido, hirió el suelo con la planta y exclamó: « He triunfado!... » Y volviéndose á mí con aire de alegría:

—¿Conocías estos arcanos de mi oficio? ¿Comprendías estos embates á los inconvenientes? Ya ves el gran papel que hacen estas señoritas en el mundo ideal para modelar el pensamiento! ¿Comprendes ahora cuánto se identifican con nosotros y penetran al fondo de nuestra alma?...

Me estrenaba en todo eso. Mi amigo tenía razón: yo era un neófito. Acabé de persuadirme que hay mucho en la vida que se aprende con los ojos, estudiando en el libro de la realidad. Por

vez primera vi á un hombre cuya frente sudaba agua y cuya alma sudaba sangre.... Imposible una labor más compleja y sutil para el artista, más ininteligible para el profano.

Empapó sus pinceles en agua de jabón y negro, y los limpió con esmero; guardó todos sus utensilios, mientras yo procuraba descubrir la originalidad del concepto, el mérito de los detalles, las finezas ocultas, la intensidad del sentimiento, siquiera las apariencias de un sér viviente; ¡ vamos ! un relámpago en esa oscuridad....

* * *

Al siguiente día volví á ver á mi amigo. Platicamos largamente sobre la vida artística de París. Me reveló horizontes ocultos á mis ojos ; me instruyó de la vida privada de los artistas; me probó la nobleza con que viven en comunión íntima, transparentando uno á otro sus intimidades, sin que ninguno las traicione con la censura ó con la indiscreción. — Conocí sus penurias, sus

triunfos, sus opulencias, sus derroches, sus ensayos. Me indicó obras sobre arte que devoré. Me presentó después á muchos artistas en un *Café del Boulevard de los Italianos*.

Admiré entonces esas almas nobles, esos corazones sanísimos, esas imaginaciones redentoras de muertos antiguos, espejos límpidos que reproducen imágenes nuevas. Conocí muchos de ellos en el *Café de la Regence* y en otros cuyo nombre no recuerdo, en el *Boulevard Clichy*. Me hizo recorrer el campo vasto de las nociones especulativas, en el que los artistas estudian, trabajan, gozan, sufren y exteriorizan sus almas con todo lo que ellas atesoran, abusando muchas veces de la continuidad en las sensaciones, porque es preciso sentir mucho para ejecutar bien.

—No creas, me decía, que mis colegas arrastran una existencia disipada, no. El trabajo los absorbe, el éxito tiene imposiciones sagradas, y, antes de obtenerlo, tienen mucho que batallar. La fortuna ó la miseria, la gloria ó la oscuridad, son sus perspectivas. Imposible hacerte comprender cuánto el amor

propio es una tortura y un incentivo á la vez. Cierto es que gustan mucho de la vida de Café, pero el Café es su Club. Ya los verás, con sus fisonomías pálidas y sus cabezas *rafaelizadas*, en torno de una mesa, bebiendo poco, charlatanean-do mucho, siempre sobre su tema favorito: la crónica artística. — ¿Vamos? agregó; voy á presentarte á un pintor.

—¿Es notable? repuse.

—Es y no es. Tiene un talento indiscutible; sus cuadros para mí son magníficos, pero no ha ganado la victoria definitiva; tiene genio, pero no ha recibido aún el bautismo de la gloria. Estudia y trabaja mucho. Heredero de una gran fortuna, reune todos los elementos. Él se cree á la altura de *Bouguereau*, de *Carolus Duran* ó de *Gervex*, pero dos cuadros suyos no han sido admitidos en el Salón, en ese Salón que cuesta 40.000 pesos anuales al gobierno francés, si bien te aseguro que son bastante reproductivos. El *Jury* quiso mandarlos á la *Sala de los Rehusados*, y él con legítimo orgullo los retiró, porque no es esa la puerta de la fama. Eso dió lugar

á hacer de su nombre el pararrayos de las polémicas. La opinión está muy dividida en París: he oído elogios ardientes y críticas acerbas. El hecho es que tiene admirable facilidad de ejecución, que vende aquí sus cuadros de mil á dos mil francos cada uno, y, muy fuerte en el estilo holandés, hace todos los veranos exhibición de sus obras en *Rotterdam* y *Amsterdam* y le pagan de cuatro á cinco mil francos por cada uno. Es mucho; es el camino de *Meissonier,* que gana ochenta mil francos por cuadro.

—¿Gana mucho?

—Entre su renta personal y su trabajo, tiene más de cien mil francos anuales.

* * *

Un momento después tomamos en un *coupé* rumbo á la *rue de Hautefeuille.* Al pasar por la *rue Helder*, cerca del *boulevard* de los Italianos, mi amigo me señaló una casa avisándome que ahí vivía un escultor distinguido y que pronto lo veríamos.

—¡ Otra ascensión de seis pisos !

— No, los escultores viven en el primer piso y los pintores en el último.

— ¿Tendrán estos artistas gastos fuertes ?

— Sí, nuestro oficio es caro.

— ¿ Cómo así ?

— El *outillage* es enorme y costoso. Desde luego, el alquiler de un buen *atelier* es caro, porque la construcción es generalmente especial.

—¿Te acuerdas, agregó, de aquel cuadro de *Paul de Casagnac,* de cuerpo entero, que viste en mi *atelier?* Pues me comió 300 francos en pinturas y 300 en el marco. ¡Figúrate lo que será para un pintor que tiene mucho trabajo ! — Con que ¿ comienzas á penetrar los misterios del oficio ? ¡ Oh ! y eso no es todo. Los paisajes no se hacen en el *atelier;* es preciso viajar, y viajar con una batería de estuches, cajas, taburetes, trípodes, paraguas, pinceles, paletas ; ¡vamos! con un *atelier* portátil. Y las *poseuses?* Las hay que cuestan poco, cinco francos por sesión, pero las hay que hacen pagar carísimo sus perfecciones. Ah ! esos maniquís con articulaciones

y á veces con corazón, cuestan mucho, á tanto la hora, en unas cuatro mil horas de trabajo al año. Y se las paga al contado.

—¿Maniquís?—le dije.—Sí, pero maniquí que ríe y llora; con tristezas y alegrías, arrebatos y laxitudes. Autómata con personalidad, y personalidad transcendente. Sirena misteriosa que adormece en sus redes el alma soñadora del artista, la suspende sobre el abismo de las inspiraciones, y lo lleva muchas veces de la mano por sendas perfumadas al altar, para ofrendar los blancos azahares sobre sus blancas aras..... Tú sabes que esto se ha visto con frecuencia, sobre todo en Italia.

Así hablábamos *chemin faisant*, cuando el *coupé* se detuvo. Eran las ocho de una mañana estival.

Bajamos. Edificio lujoso. Ancha escalera de roble alfombrada de granate en toda su latitud; pasamanos con gruesos cordones y borlas enormes; muros de amarfilado estuque con listones dorados; en medio de la escalera, una gran lámpara turca de bronce esmaltado, en su cúspide una anchurosa mampara de

cristal cubierta por un cortinado solferino de felpa de seda, recogido á los lados por cadenas de metal y pendiente de dos lanzas cruzadas. Más allá, el vestíbulo con pavimento de mosaico, espejos incrustados en los muros, jarrones de plantas tropicales, muebles de paja; tapizados. Al centro, un ascensor elegante. Nos metimos en él; el maquinista tocó el resorte, y en una pestañada llegamos al quinto piso. Toqué el botón eléctrico y la puerta se abrió instantánea por el mecanismo del aire comprimido. Un sirviente de frac, guante blanco y calzón corto, nos hizo entrar y nos pidió que esperáramos un momento.

Quedamos solos largo rato en esa mezquita del arte, en esa basílica del lujo. A paso de fantasma, con aire de ladrón, lo recorrí todo, respirando una atmósfera espiritual, viendo en cada objeto una ilusión ó una esperanza modeladas: en cada obra de arte, el reflejo de un rayo de gloria.

¡ Qué lejos me encontré de América en ese instante! Me sentí desterrado de este mundo á un planeta ideal.....

Era aquello un verdadero museo, un bazar de objetos de arte y de lujo.

Los muebles obstruían el paso y los adornos cubrían los muros y pendían del techo de hilos elásticos. Muebles florentinos tapizados de resedá; espejos venecianos; jarrones chinos; terracotas; esmaltes; cerámicas; figuras de *biscuit* en conchas de nácar; pasteles; acuarelas; marinas; bosquejos; paisajes; cotas de malla; escudos nobiliarios; armaduras; yelmos; cariátides; platos de bronce con grabados árabes; búcaros del Japón; vasos de Sevres; biombos de transparencia elísea en forma de hojas tropicales; vidrieras cromáticas de estilo suizo; medallones romanos en alto relieve; *bibelots* esmaltados; estilos de plata; medallas de marfil de Siracusa; indumentarias antiguas; revistas con ilustraciones iluminadas; cuadros de sombras tímidas, de coloridos tiernos y de luz misteriosa. El costado que da á la calle, es de vidrieras nevadas, cubiertas de cortinas corredizas y azules que opacan la claridad tamizada.

Indudablemente, esos *ateliers* en los torbellinos estrepitosos de la gran ciu-

dad, son los oasis de la soledad y del silencio, rincones de cielo, girones del Paraíso, especie de islas de Robinson colgadas en el aire... Allí viven los artistas á la sombra, sedientos de luz..... En sus cerebros hay un drama, en sus corazones un poema: la lucha osbtinada entre el pincel y el ideal, entre el artista y la *poseuse*, entre la realización y la gloria. Batallas sombrías; amarguras tragadas en silencio; esperanzas que no decaen; desengaños arrostrados con orgullo; penas sin cobardes quejidos; heridas del corazón abiertas por el dardo invisible que desangran á ocultas; almas enfermas que contagian su fiebre al organismo. He ahí el fondo de esos talleres.

Y, ¡ ay ! cuántas veces á esa luz mortecina un legionario de menos en las filas gloriosas, apartándose temprano, lívido, con la mano en la herida de aquel dardo oculto, con un silencio que es al propio tiempo el orgullo de la vida y el pudor de la muerte; orgullo que atisba detrás de la sombra, que ve, ebrio de ira, apagarse uno á uno los rayos de una existencia...

¿Qué otro fin queréis esperar cuando el espíritu está en perpetua tensión, cuando el esfuerzo mental no tiene tregua, las fuerzas no tienen descanso, los nervios vibran sin cesar, y la fosforescencia del cerebro entra en la penumbra de neurosis?...

En cambio, esos *ateliers* son la morada de la inspiración, el domicilio legal del genio; sí, del genio, embebido de encantos misteriosos, de rumor de alas, de seducciones secretas, de cielos de lápiz-lázuli, de bellezas fascinadoras, de ensueños que flotan en la atmósfera, de ilusiones vivas que mueren, de muertas esperanzas que resucitan, de espíritus invisibles que cruzan el aire, de alegres resplandores de aurora ó de crepúsculos vespertinos que acarician y bañan el semblante de los cuadros y de los bustos.

En todo eso pensaba, cuando apareció el artista, alto, esbelto, delgado y joven, de barba larga, sedosa y rubia, de rostro hebreo: diríase un Nazareno. Tras venias y cortesías, pidiónos disculpa por el retardo.

— ¿El señor Lemoine es pintor?

— No, señor, pero soy un humilde

conscripto de las Letras americanas y trato de acercarme aquí á las fuentes del arte.

La conversación diversificó bastante.

Mirando su reloj :

— ¡ Vamos ! ¡ son más de las ocho !

¡ La *poseuse* no ha llegado ! A veces estas madonas demoran y nos causan perjuicios graves ; los recuerdos de la víspera se debilitan ó el hilo de la inspiración se rompe...

Se aproximó á un cuadro inconcluso, y volviéndose á nosotros :

— Permitan un momento ; voy á dar una pincelada.

Dirigiéndose á mi compañero, sin apartar la vista del cuadro y señalándolo con el pincel :

— ¿No le parece, señor, que es preciso suavizar esta media tinta y aclarar esta luz intermediaria ? ¿Yo creo que así el contraste será mayor y más sensible el relieve. ¡ Ah ! estos golpes de luz son la piedra de toque !

Corrió algo la cortina azul de la vidriera y agitó su pincel con rapidez asombrosa ; aplastó algunos granos; lo arrojó sobre una *étagère*, atenuó de sú-

bito un contorno, esfumó una sombra con extrema lentitud.

— ¡ Perdonen, nos dijo, temía que la idea se me fuera... En tanto, la *poseuse* no viene !

— ¿ Es linda ? le dije.

— Un tipo de belleza.

— ¿ Cómo la obtuvo Vd. ?

— De la manera más casual. Iba á los *Campos Elíseos*, á *Ambassadeurs* para oir en su *debut* á una cantatriz de cuya hermosura se ocupaba mucho el *Gil Blas*, y al llegar al *Arco del Triunfo* divisé á la luz de un farol una mujer humilde que llevaba de la mano á una niña bellísima, hija suya. Las hablé, y me contestaron quejándose de su miseria; venían de Tarbe, los Altos Pirineos, y no encontraron trabajo ; les faltaba pan y abrigo. Al siguiente día debían ser despedidas de un *cabaret*, dejando su equipaje en rehenes. Les brindé dos luises de oro, les prometí que su situación cambiaría y diles cita para el día siguiente. Tenía entonces 16 años, y hoy cuenta 18. Casi siempre es la pobreza el origen de ese oficio.

—¿De dónde son generalmente? repuse.

—Muchachas italianas y provincianas, que vienen vislumbradas por los resplandores de París, en ebullición sus cabezas y sus corazones con las novelas de nuestros grandes escritores. A muchas las tomamos también en el *Faubourg Saint-Germain* y en la *Chaussée d'Antin.*

Invitónos á pasear el interior de su *atelier.* Un gabinete de *toilette* primorosamente ornamentado. Después una vasta galería con cuadros en toda su longitud, y una mampara paralela de vidrios de colores; persianas transparentes; lámparas chinescas con pantallas de blondas de seda, muebles moriscos, gobelinos, panoplias de metal, armas salvajes, instrumentos primitivos de música, flores de porcelana, diseños al lápiz; un estante de madera de rosa; estuches de sándalo; candelabros de *gouttière* sobre una chimenea de ónix; bustos de yeso; barbelianos, tapices de Esmirna; en el centro un gran foco de luz eléctrica.

—Aquí trabajo de noche, nos dijo;

aquí he sepultado algunos años de mi vida.

En ese momento resonó prolongado y trémulo el timbre eléctrico. Eran las nueve de la mañana.

—¡Debe ser la *poseuse!* ¿Vamos? nos dijo, y regresamos al salón primero. Nunca había visto una hermosura más típica. Dios estuvo de buen humor al lanzar ese ángel al mundo.

—Está Vd. en retardo, señorita. Desvístase pronto, le dijo.

Sacóse ella una á una sus vestiduras, y quedó como la Eva paradisíaca de la leyenda bíblica. El artista descolgó una túnica carmelita de mangas medio cortas y algo escotada, tomó un par de sandalias y entregó todo al modelo, que quedó al instante revestida. Acomodóle sobre la frente dos alas de cabello, le elevó el *chignon*, y le puso sobre el frontal una cinta dorada. La colocó después junto á una fuente, con una ánfora antigua sobre el hombro izquierdo; le modificó la actitud de la cabeza, del brazo derecho y de los pies.

—¿La reconocen? nos dijo.

—Sí, Rebeca en la fuente, le contesté.

—Cuadro bíblico. Cuadro viviente! Estatura regular; cintura serpentina; cabeza de virgen ateniense; cabellera crespa y rubia como de filigrana de oro viejo; labios menudos y sanguíneos, ojos dulces, claros, serenos; blancura de cuya intensidad brotan redes azules. En un gineceo de bellezas griegas, habría ganado el primer premio. Praxiteles la habría desnudado para hacer su Venus. La epidermis de todo su cuerpo tenía los orientes de la perla.

Después de tres horas, un sér humano y divino apareció poco á poco en esa especie de tela mágica, como pasando de la oscuridad á la luz. El artista arrojó su pincel sobre un recipiente de agua, se reclinó sobre un canapé con el donaire de un patricio del arte, contempló su cuadro con toda el alma, y exclamó: — « Dios nos envía sus rayos! »

Descubrió, contempló y volvió á cubrir con un tul verde un cuadro antiguo, á su juicio muy valioso, comprado en el Hotel Drouot y que lo estaba limpiando y rejuveneciendo por el sistema de *Pettenkhofer*.

Después de felicitaciones al artista y

de mutuas gentilezas, partimos mi amigo y yo. Llevaba dentro de mí un mundo de impresiones y recuerdos.

* * *

Aquellos « rayos mandados por Dios » me embargaron; á su resplandor celeste atribuía el autor todo el secreto de su éxito, toda la victoria de su psicología estética.... ¿Iría tan lejos el escultor si en su taller hubiesen sólo instrumentos, arcilla y trozos de mármol? Iría el pintor tan arriba si sólo tuviese en el suyo instrumentos pictóricos? La abeja de oro dormida en sus cerebros no ha despertado al calor de *la belleza real?* Los relámpagos de los ojos de una mujer no han iluminado su espíritu? Los contornos del cuadro, los relieves del mármol, no son modelados sobre la plasticidad de aquellas formas humanas? La visión interior del espíritu no es la imitación fidelísima de esa visión material? No hay en ese lienzo las mismas facciones, los mismos perfiles, la misma expresión, el mismo aire, la misma son-

risa, que el artista ha tenido bajo sus ojos? Ha hecho algo más que reproducir el modelo? Apartad de su visual inspirada esa mira, esa imagen, y veréis que la cámara oscura de su cerebro queda vacía, que los resplandores de esa paleta se apagan.

Y si eso no fuese cierto, que el autor de la Venus hotentota delinie la silueta de la Venus de Milo. Que un pintor egipcio, sirio ó cosaco que no ha visto más que el desierto, dibuje los bosques tropicales del Brasil, los espejismos del mar Adriático ó los resplandores del Vesubio.

¡Cómo olvidar que la fiebre divina de las meditaciones abrasa la cabeza del artista junto á esa mujer; que las brasas de esos ojos calientan su espíritu y queman su sangre, — y nunca en los fondos, siempre en las cimas sociales, en la altura del *atelier*, ese Sinaí cuyos resplandores alumbran la civilización!

En el período álgido de esa fiebre, el gran escultor Simart llegó en una pesadilla á delirar con que sus estatuas se inclinaban para estrangularlo, en venganza de su propia imperfección....

¡Dios mío! hasta las estatuas cometen injusticias!

Convengamos que el artista debiera compartir su gloria con las pobres beldades cuyas manos seráficas le abrieron la puerta del santuario desde los tiempos de *Apeles*, de *Fidias* ó *Lisipo*, hasta los de el Tiziano, Leonardo de Vinci ó *Rafael* y *Miguel-Angel*, y desde entonces, época clásica del arte puro, hasta *Puvis de Chavannes*, *Delacroix* y *Meissonier*.

Porque ellas son las Diosas que todas las Edades acarician desde que la estatuaria las desnudó para exhibirlas en las plazas públicas, para que sus frentes desafien allí el viento cargado de ideas que sopla sin cesar en una serie de siglos.

Si esos brazos de piedra pudieran abrirse y cerrarse; si esos labios helados desplegarse pudieran, darían un abrazo y un beso á *su modelo*, su maternidad legítima. Y eso sucedería en todas partes: en Grecía, la patria ideal de lo bello; en París, « el cerebro del mundo »; en Roma, la ciudad eterna del arte.

En ese quinto piso, vecino del cielo, en ese recinto de vidrio, es imposible no ver que pintor y *poseuse* viven del mismo pensamiento, se identifican en igual aspiración: la conquista de la idea, concebida por él, personificada en ella. Y como respiran la misma atmósfera moral, comparten de la misma pasión, se queman en el mismo fuego, se bañan en la misma luz, y se completan de modo tal, que están identificados.

Porque, en efecto, ¿á qué se debe el nacimiento, la vida del arte en esos invernáculos de cristal en los que se aclimatan las plantas delicadas del pensamiento? ¿Á qué se deben lienzos con vida, bronces con expresión, mármoles con alma, esfinges con espíritu? ¿Á qué se debe esa que me permitiré llamar *literatura plástica?* A ellas, redentoras de muertos antiguos. A ellas, espejos límpidos que reproducen las imágenes nuevas. A ellas, moldes divinos de creaciones inmortales que inspiran las obras maestras de los hombres, y que son las obras maestras de Dios...

Inundado el mundo con sus perfecciones reproducidas, á ellas se debe el re-

finamiento del gusto, las sutilezas de la elegancia, el lujo de ciertas manufacturas y el impulso de ciertas industrias.

En efecto, entre las aristas de una montaña nevada, los contornos de una camelia blanca, la silueta de una cara griega, y los perfiles de una ojiva morisca, de un chapitel corintio ó de un objeto de arte, hay parentesco de consanguinidad, porque hay la *común paternidad* del dibujo, ese idioma mudo, esa expresión suprema del progreso. La belleza animada refleja sobre la belleza inorgánica...

He ahí los pañales de oro en los que la arquitectura y la ornamentación se envolvieron en su infancia. He ahí una de las fuentes de la riqueza, fuente más fecunda en Francia é Italia que en ninguna otra parte, pues los artefactos ingleses y sobre todo alemanes, no son más que imitaciones.

* * *

Y lo más triste es que desbordan los tesoros de su gracia y de su hermosura,

sin comprender la grandeza de su misión, muchas veces con el heroísmo de la virtud triunfante, casi siempre con la inconsciencia de su perfección.

Dejan correr el curso cristalino de su vida transparentando sus encantos. Mariposas de luz cansadas de aletear, le dicen á la sombra: « déjame dormir »... Y, duermen, rendidas de deleitar los ojos, de embriagar los sentidos, de enardecer las facultades, de convertirse en Hadas, Ninfas, Vestales, Afroditas, Odaliscas, Sibilas, Reinas, Madonas, Vírgenes, Ofelias, Huríes, Diosas, Santas, Mártires, Ángeles, Venus, Silfides, Ondinas, Sirenas, Etaïres griegas, Cortesanas romanas, Bacantes del segundo Imperio, Minervas, Euménides, Helenas, Chloës, Bayaderas, Bohemias y Jitanas. Duermen cansadas de llevar túnicas hebreas y ropajes etruscos. Duermen, como en las ramas duermen las aves, como en las cuerdas duermen las notas, como en las nubes duermen los rayos, como en las piedras duermen las chispas, como en la noche duerme la luz.... Y, despiertan aureoladas, peregrinas en efigie de todas las zonas que

se exhiben en los templos, los museos, los palacios, las galerías, las plazas, los jardines y los salones de la nobleza.

Si una vez, así desparramadas por la civilización, pudieran unir á su vida estatuaria la existencia humana, es seguro que esas estatuas, al ver á sus *poseuses*, tornaríanse más frías con la impresión. Si tuvieran sensibilidad, al verlas, caerían de sus ojos inmóviles lágrimas de mármol. Si fueran transparentes, se veria en su fondo el alma del *modelo*, como se ve una especie de resplandor de luna, al través de una lámpara de porcelana blanca.

Porque, en definitiva, ¿qué son esas estatuas? Carnes convertidas en mármol, difuntos del Olimpo, *poseuses* petrificadas, hijas de Lot!.... Pero hijas inmortales que no irán á confundirse jamás con el polvo de los muertos. No importa que no hablen nunca el lenguaje de ultratumba del Comendador y Doña Inés.... ¡Conversan con la posteridad!

Lloran, algunas, eternamente, sobre las lápidas del Heroísmo, del Genio ó la Virtud, manteniendo eternamente dolo-

rosos sus rostros de granito, acaso porque están condenadas á vivir rodeadas de tumbas, de cipreses, allí, en medio de la vasta soledad de la muerte, proyectando sus propias sombras sobre las riberas de la eternidad.

Hacen talmente el bien, y se lo hacen á sí mismas, sin solución de continuidad, porque si son la apoteosis perpetua del pasado, los monumentos del amor en los que palpita el recuerdo, son también la idolatría del Arte.

Un suspiro lento, siquiera sea de tarde en tarde; un sollozo apagado, completarían su perspectiva y su misión, ya que son eternos testigos del eterno adiós...

Ah! mármoles inmutables y silenciosos! Nosotros, que os contemplamos, caeremos, todos, al abismo del no ser; en tanto que vosotros pasaréis en revista las generaciones venideras en gloriosa longevidad. Las contemplaréis perdurablemente, sin pestañear, sin tregua, á toda hora, sin estremecimientos, sin afán, sin angustia, sin frenesí, sin lamentos. Sí, callados, inertes, en ese día pavoroso sin ayer ni mañana...

Vuestras fisonomías impregnadas de

antigüedad, empalidecidas con el tiempo, reflejan un misterio, porque todo el mundo sabe vuestra edad, todos admiran vuestra eterna juventud, todos conocen al autor de vuestros días, pero nadie sabe el nombre de la mujer en la que fuisteis modelados, de esa mujer á la que debéis la existencia y el arte su poesía. ¡Sarcasmo humano! ¡Enigma doloroso!

Vuestra existencia artística es la continuación de su existencia real, y casi podria decirse que sus sentimientos sobreviven petrificados en vosotros..... Y, sin embargo, —¿quién es esa mujer? ¿Cómo se llama? ¿En el hueco de qué tumba descansan sus despojos? Tal vez mientras su cuerpo marmolizado sigue de pie en el mundo, su alma ha volado al cielo rodeada de un coro de ángeles que entonaban el salmo de la virtud y del martirio.

* * *

La misión del modelo humano es verdaderamente superior. Los sacerdo-

tes fervorosos de la religión del Arte la adoran, porque significa la psicología de la inspiración, la estenografía de sus alientos líricos y el molde estético de sus obras maestras. Y como es la verdadera corporización de la belleza, nunca mejor aplicada que á ella la frase de Platón: « lo bello es el esplendor de lo verdadero ». Cierto, — porque lo bello tiene que ir á remolque de la naturaleza.

Hay más. El estilo, las formas, las líneas, la luz, la sombra, la tonalidad, tienen su historia, su índole y sus zonas; y es el modelo quien presta siempre la índole á ese estilo, las líneas á esas formas, la intensidad á esa luz, la oscuridad á esa sombra, el vigor á esa tonalidad, las etapas á esa historia, el colorido local á esas zonas.

Y no se crea que el modelo sirve sólo de *medium* á objetivos convencionales y pasajeros de determinados pueblos. Es la norma de las tendencias innatas, universales y eternas de la humanidad que en todos los tiempos y en todos los climas ha revelado su propensión intuitiva á dibujar los pensamientos y las

cosas tomadas *del natural*. Tal se nota desde las penumbras ultra-históricas, hasta la magnificencia con que alumbra el luminar de la civilización contemporánea. Por eso las formas del pensamiento materializado se encuentran en esos monstruos artisticos, promiscuidad de hombres y Dioses, de mujeres y sirenas: en esos injertos de barbarie y de arte que los Faraones imprimieron en las pirámides de Egipto; los aztecas en sus templos; los incas en sus *chullpas*; los griegos en sus quimeras; y los salvajes desnudos de los bosques en los troncos de los árboles; en la India en los dioses de sus pagodas subterráneas; los alarifes en sus mezquitas y en las tarbeas de sus aljamas.

De ahí nace que los contemporáneos, cuando quieren penetrar á la conciencia de un siglo, van á escudriñar cuadros y estatuas que no son otra cosa que las imágenes y las efigies de la *poseuse*, soñada ó real.

Así se explica que las generaciones que quieren embeberse en el espíritu del pasado, hacen romerías y jubileos para

contemplar esas obras, legado de civilizaciones antiguas, restos de tiempos difuntos.

Así se explica que el alma de Grecia sea un alma siempre contemporánea, que sus ideales sean siempre los ideales modernos, y que esa Era sea siempre la Era áurea del arte, excepto para algunos modernistas como Gavarni.

¡Poder grandioso! Reunir el ideal retrospectivo al ideal coetáneo; corporizar el pasado y el presente, la muerte y la vida, en esos fantasmas cuyos rostros de piedra se bañan en los reflejos de un mundo antiguo! ¡Arrancar de cuadros que caminan y hablan, cuadros inmóviles y mudos!

Prestan su alma que atisba por sus pupilas y prestan su cuerpo que inspira en sus contornos, para retratar á los ángeles, las santas y aun á la Madre de Dios, que se ostenta de pie, sobre un mundo azul y bajo un disco de luna que le sirve de dosel.

Resumen de modo tal la suprema belleza física á la suprema belleza moral. Realizan así la alianza del cielo con la tierra, la dualidad de lo divino y de lo

humano. En estas pinturas místicas son dignos de mención, *Orsel*, *Ilandrin*, *Tyr* y *Périn*.

Tanto es así la verdad, que en Grecia se deificaban sus carnes y se trasmitían sus formas á las Divinidades para entregarlas á la idolatría de la religión y al fanatismo de la belleza. Es que allá se tomó el cuerpo humano, y con razón, como el tipo ideal del arte pagano.

* * *

Pero vino el cristianismo á maldecir la carne, á esconderla en el claustro, á lacerarla con el cilicio, y á arroparla con las túnicas de los santos. Los moldes, así, se rompieron; *Apolo* y *Venus* no fueron más que ensueños retrospectivos. El sol del arte se eclipsó en el seno de una noche bíblica, en la que sólo se vieron desnudos Adán en el Paraíso y el Nazareno en la cruz.

¿Eso fué todo? No. Se discernió á *la carne* el diploma de triunviro de los enemigos de la humanidad, al lado de su cofrade *el demonio*. Se puso un abis-

mo entre el cuerpo y el alma sacerdotal, ese abismo cuya magnitud y profundidad están maravillosamente dibujados en Jocelyn.—Y en vez de ver en la mujer el ángel de la casa y el modelo del arte, se le dijo con San Agustín: — « mujer, tú eres la puerta del infierno !.... »

Las artes plásticas y pictóricas decayeron talmente que podría decirse: los moldes se destrozaron en pedazos entre los dedos del artista; la corona y el cetro de la belleza cayeron de la frente y las manos del *modelo antiguo*, y empalideció la fisonomía de la civilización.

Cosa muy natural, porque mientras el modelo no sea originariamente reproducido, sufrirá en lo más íntimo la personalidad del cuadro, habrá en él ese aspecto inexplicable de luz falsa; de vida prestada, de ausencia dolorosa del *realismo* ó sea de la devoción de la verdad.

Ingres y Delaroche lo han comprendido y por eso en la pintura del desnudo rivalizan con Delacroix: lo colocaron sobre un altar risueño.

No es posible, no, pretender edificar

el ideal sin los materiales de la belleza. Sólo *d'aprés nature* se puede llegar á la realización técnica de la idea. Sólo á esa condición hacen los genios poemas, dramas, idilios, sobre tejidos de lana, sobre las piedras de las canteras. Sólo á esa costa vive airosa, esbelta y lozana la flor del pensamiento, ante el desfile de los siglos que pasan jadeantes, aspirando el perfume de esa flor que no se marchita jamás.

Sólo la familiaridad entre el artista y el modelo puede producir la identidad entre lo ideal y lo real, si se pretende que las obras obtengan títulos nobiliarios en la aristocracia del arte; si se quiere que vivan en las paredes de los templos, de los salones áulicos y de las galerías, para desde allí proyectar la luz de la historia y hablar con los acentos de la naturaleza.

He ahí por qué, fábula ó realidad, admito la verosimilitud del turista aquel que, á fuerza de contemplar extasiado todas las tardes á la Magdalena de la Catedral de Amberes — obra del pincel de Rubens, — concluyó por enamorarse de ella, al punto de sufrir con su recuer-

do, su silencio y la imposibilidad de alcanzar su amor; al punto de encontrar glacial la belleza de las demás mujeres, y, con su propia indiferencia y melancolía inusitadas, inspirar celos acerbos á su propia esposa; al punto de perder el sueño y la paz del alma; al extremo de llorarle sangre el corazón por encontrar siempre sumergida en una especie de ensueño místico, siempre en la actitud de « la arrepentida », nunca de la amante, á esa imagen febril de sus delirios, á esa perdonada de Dios.

Al verla ciega, sorda, inconsciente y muda, se trasportaba. Mas, al propio tiempo, veía brillo en sus pupilas, pensamiento en su cara, sonrisa triste en sus labios, inteligencia en su expresión, calor en su hermosura. Su mirada lo seguía sin parpadear, y él esperaba que diera un paso, que hiciera un gesto, que hablara una palabra, porque pareciale que se purpuraba su semblante y que un sollozo oculto hinchaba su pecho, y que temblaban los pliegues de su veste carmelita. Espió á su redor, se trepó sobre un sitial y cuando iba á dar un beso en la frente de su Magdalena adora-

da, el suizo de la iglesia se presentó y frustró esa tentativa de sacrílega profanación....

* * *

No es que un movimiento sugestivo lleve á los naturalistas á hacer el himno de la carne, la Odisea de la materia, como podrían creer los críticos incipientes y estultos; no. Es que la *poseuse* no es sólo una mujer, no es sólo el modelo de un cuadro. Es *un símbolo* que condensa teorías y esencias artísticas, dentro de la armonía suprema de las líneas humanas. Es *una escuela.* Es la reversión al pasado; es la reviviscencia del espíritu helénico en el culto de la forma. Es «el esplendor de lo verdadero» tanto en el pasado como en este siglo moribundo.

Y así como la fe perseguida se refugió en las catacumbas, la belleza sacrificada se refugia en el *atelier* para salvar la carnación opalina, la palpitación del colorido, la armonía de las líneas y la sonrisa de los perfiles.

Y se salvan, porque la imaginación solitaria no podrá nunca sustituir á la realidad en configurar con perfección la materia.

Nada prueba más acabadamente estas verdades, que esa gran florescencia del arte que se llama el Renacimiento.

Hasta entonces, el espíritu judío redujo lo bello á un espectro galvanizado; á una actividad glacial; á un espíritu automático; á un aspecto aridísimo.

Pero el espíritu pagano del *Renacimiento* revivió el *simbolismo* y la idolatría de la forma. Las creaciones plásticas tomaron inmenso desarrollo y volvió á refinarse el gusto artístico. La virtud, el fanatismo, el martirio, la fe, la gloria, el sacrificio, se corporizaron en las imágenes iluminadas por una claridad sobrenatural. Y nunca el espíritu se encarnó más en el *naturalismo*. Nunca el resplandor celeste se reflejó mejor en las obras geniales!

Desgraciadamente, la mano sacrílega de la Reforma religiosa pretendió destruir el simbolismo misterioso, la pompa del culto católico, la poesía del poema

que principia en un pesebre y termina en una cruz, tan bien caracterizados por el genio de Chateaubriand. La aridez de una iglesia protestante, al lado del esplendor de un templo católico, son la mejor comprobación de esta verdad.

* * *

Recién iniciado en América el arte, fomentado en Buenos Aires por el Ateneo, la Escuela Estímulo de Bellas Artes y la Colmena Artística, he querido tributarle este homenaje humildísimo, personificándolo en un sér que todos lo vemos en todas partes, en forma de Dianas, Safos, Minervas, Aspasias, Mesalinas, pastoras, vírgenes, bailarinas, odaliscas, grisetas, santas compungidas, mártires torturadas, Agripinas moribundas y Cleopatras fulgurantes. Un sér que surge de los *ateliers*, de esos proveedores de flores, plantas, árboles, frutos, paisajes, mares, montañas, ríos, cielos y abismos, noches y auroras, ciudades y desiertos, vírgenes y mundanas, hombres y mujeres, niños y an-

cianos, muertos y vivos, virtudes y crímenes, cunas y tumbas, idilios y tragedias, dioses y demonios, inviernos con su blanco sudario de hielo y primaveras con sus fiestas de flores. Admirables recintos que en ámbitos estrechos condensan el Universo entero. Calabozo sin rejas de la *poseuse*, condenada á desesperante inmovilidad, ya desnuda, ya cubierta con un velo que es el sudario de su castidad.

* * *

¡Triste y dura existencia! ¡Cuántas veces, al contemplarla, he meditado en la tortura que fué el precio de su pudor virginal! ¡He comprendido entonces sus congojas íntimas cuando por vez primera sentía en su belleza desnuda aplacarse la sed del arte! ¡Víctima ajada con miradas y deseos! ¡Inmolación moral coronada de ensueños!

Rompe el misterio; descubre el secreto; marchita con dolor sus azahares; ave recién herida, quisiera esconder el rostro bajo el ala del pudor, esa ala en-

sangrentada y rota.... ¡Cuánto debe costarle el convertirse en la casta musa de las castas inspiraciones!

Traga una lágrima, oculta un sollozo en el pecho, ruega al pintor que no haya público y comienza á hacer la transfusión de su sangre y la trasmigración de su alma, mediante *el étalage* de sus carnes, á tanto la hora.

Y más tarde, quizá, al través de su silencio, de su quietud, el corazón de esa estatua viviente ha dado un latido. No se juega con el fuego impunemente..... Dos mariposas no se envuelven en la llama sin quemar sus alas.... Tras la conjunción de dos astros por la ley de la atracción, es inevitable el choque....

* * *

En veces la mujer se esfuma, y sólo queda el modelo: músculos, ángulos, carne y perfiles. Pero también se desgarra el velo de la estatua, cae la máscara fría del arte que cubría el fuego del amor.

El escultor ordenó á la *poseuse* que

bajara de la tarima para descansar, y ella descendió, desperezándose, después de tanta quietud del cuerpo, de tanto errar del espíritu.

Él se puso á tararear un trozo de Rigoletto: *la donna inmovile*, con dulcísimo acento: la voz humana sale del alma! Entre nota y nota, una mirada á *Mademoiselle Marthe* — entre caricia y caricia, una puñalada.

Ella, murmuró maquinalmente: *la donna inmovile*, sonrojándose de su indiscreción.

Él despidió al aprendiz, que daba golpes monótonos á un bloque, con pretexto de comprar cera, y después de hondo silencio, exclamó:

—Solos!

Marthe lo miró con seriedad.

—Hermosa mía! la dijo, aproximándose con pretexto de estudiar su cabeza, hasta que sus mejillas se juntaron casi, y ella, rechazándole suavemente con la mano:

—Galanterías banales! Adoración de un día!

—¿Cómo? Cuánta energía! No olvides que yo rompo el mármol.....

En ese momento volvió el aprendiz y se puso á mezclar cera plástica con arenilla, terebentina, grasa y fécula: esa masa informe la envolvió en un lienzo húmedo.

El escultor, agitado, volvió á despedir al aprendiz, y pasó después la mano temblorosa por la frente de su *poseuse*.

Ella, exasperada:

—Yo no soy para ti más que una estatua.....

—Y bien! Por qué? Porque vives en el regazo del arte... Ama á un artista. Por mi parte ya no puedo resistir en silencio tanta impresión. Qué feliz si consigo tu afecto!

Hizo Marthe un gesto; imposible comprender si de dolor ó desagrado.

—Así, colérica, estás más hermosa, la dijo.

—Me voy, debo *poser* en casa del pintor de *Bleau*.

—Ah! te vas? He ahí una peculiaridad de la profesión de *poseuses*,—*inspirar* á la vez á diversos artistas... Suspiró ella, y calló; los ojos bajos, el rostro encendido, se puso á golpearse con un martillete en la palma de la mano,

con aire de encantadora niñería. Contemplándose después en el espejo y arreglando su peinado :

—Qué fea estoy !

—Más linda que aquella estatua, pero màs fría, dijo el artista, señalando una efigie de Marthe.

La indiferencia oculta el afecto, como las cenizas esconden fuego... Pobre mujer ! Una lágrima corrió por su mejilla empalidecida. Esa lágrima era el poema del silencio !

Entraron en ese momento un fundidor, un aprendiz y un peón con el traje cubierto de polvo harinoso, un saco lleno de arcilla amasada y un balde con agua lechosa.

Dijo el primero al artista :

—Señor, ya está fundido el bronce. Traigo á estos camaradas para que hagan pronto la pasta de la estatua...

—Está bien.

—Vengo también á felicitar á usted porque acabo de saber que en pocos días más se celebra su matrimonio con la condesa de Devo.....

Un alarido de Marthe interrumpió esa

revelación, Temblorosa, pálida; rugidos sordos agitaban su pecho.

El artista, de pie entre dos bustos de mármol, se confundía con ellos por la blancura súbita, el silencio y la inmovilidad.

Ella saltó, ebria de ira, y con el martillo que tenía entre manos, golpeó una y diez veces aquel mármol, su propia imagen. Le rompió un brazo, le partió el seno izquierdo, y dijo á gritos:

—La pena del Talión!

Y él, asiéndola de la mano:

—No mutiles á una inocente, no asesines á una indefensa!...

—Qué?... Cobarde!... Estoy en mi derecho!

—No. Porque esa obra no te pertenece.

—Puedo hacer *de mí* lo que yo quiera... Esa estatua soy yo. Esa estatua es Marthe en mármol.

—Es mi obra y...

—Sí, y es tu gloria. Pero yo fuí el alma de esa gloria. Tú le diste la vida: yo puedo darle la muerte. Y yo también concluiré así...

Jamás volvió á saberse nada de ella.

TxU

Esos *ateliers* tan apacibles casi siempre, son á veces un escenario de *Shakespeare.* Con la diferencia de que todos sus dramas son entre bastidores.

* * *

Un *atelier* estaba cerrado; sin fuego y sin luz. Ayer en la flor de la juventud y de la gloria, hoy cubierto sobre una mesa con un manto de flores, rodeado de parientes que ahogan sus sollozos y de amigos que lloran de rodillas. Nunca estuvo más hermoso. Las facciones rígidas, la boca entreabierta y risueña, parecía dormido. Se confundían el primer frio de la muerte y el último latido de la vida. Artista desgraciado! El exceso de labor cerró sus ojos para siempre, dejando inacabado su último busto.... El mundo no comprende á esas víctimas del pensamiento!

Una mujer bizarra y hermosa se abre paso, solloza como una plañidera, besa esa frente que ella ha inspirado tanto, y desaparece con palidez siniestra, la cabellera desgreñada y los ojos llenos de resplandores trágicos...

En la noche flota su cadáver en el Sena. No pudo sobrevivir. Era el modelo de aquel busto inconcluso. Fué desde entonces modelo... de sentimiento y de virtud.

BIBLIOTECA DE MANUEL CONDER ASUNCION

* * *

No hay en el *atelier* solamente la nota trágica. Suele haber algo de *Vaudeville.*

Una señora de aire magistral, distinción típica, lujo imperial y belleza melancólica, tocó la puerta de uno de esos santuarios. Se anunció como candidata de *poseuse.* El artista quedó estático. La desnudó, giró en torno de ella contemplándola ávido de la cabeza á los pies.

— Señora, le pagaré lo que Vd. me pida. Con semejante modelo estoy seguro de una obra maestra. Le confieso que esta es una victoria sin combate, y que mi cuadro no tendrá precio.

—¿Y yo qué precio tengo? repuso ella.

Tres horas por dia á 20 francos la hora, fué lo convenido.

Empezó su esbozo con embriaguez de gloria, con efervescencia artística. Al tercer día, el cuadro avanzó mucho; al cuarto, ella faltó. El pintor estaba sobresaltado y febril; comprimía su cabeza como para retener su inspiración hasta que volviese su modelo. Se paseaba desesperado en todo sentido y con la vista sobre el lienzo, murmurando:

— Mi obra maestra... Voy al Salón... ¡ Cuarenta mil francos por lo menos !

El portero le entregó la siguiente carta:

« Señor: no piense más en mí. Tomo hoy en el Havre el vapor para New York. Le devuelvo la plata, porque es dinero lo que me sobra. Mis adoradores me creen la perfección de la belleza humana. Fuí á buscarlo á Vd. para ver si el talento sancionaba los juicios del amor... Ahora es Vd. quien debiera ser pagado por mí... Perdone la molestia. Adiós ! »

Era una excéntrica y acaudalada norteamericana, hija de Georgia.

* * *

Pero ya que he seguido las huellas de un tipo social en sus irradiaciones artísticas, históricas y personales, permitidme dar el toque final, tocar las puertas de su buhardilla.

A la dudosa claridad de la tarde, cuando empiezan á titilar en el *boulevard* las lámparas de luz eléctrica, se retira sola á su hogar á preparar su sustento, — el espíritu fatigado, los músculos entumecidos. Llega al último piso, á su pobre morada. Pocos muebles vetustos de tapices destripados. En el fondo un calorífero de hierro que sirve de cocina y de chimenea. Un depósito de carbón; pendiente una fiambrera de alambre en que están enjauladas una lonja de carne y unas hojas de legumbre. Las fotografías de sus padres á la cabecera de su cama. Un cuadro de dos viudas enlutadas, abrazadas y llorosas que simbolizan la Alsacia y la Lorena. Su propio retrato, al óleo, de Odalisca, tendida en un diván otomano de mullidos y encarnados cojines. Una lamparilla sobre una mesa blanca de pino ilumina con tenuidad esa mansión, que hospeda el desengaño, la orfandad, el sufrimiento y la

miseria. Más parece un granero. Rincón sin ecos, cuna vacía, jaula desierta, estancia triste, nido ignorado, prisión sin rejas, hogar sin luz...

* * *

Permitidme también asegurar, al concluir, que en esos hombres de aspecto soñador, melenas largas y *toilettes* descuidadas, encontré espíritus delicados, caracteres dulces, almas selectas, corazones sencillos, más que en ninguna parte. No sé si dependa del divorcio de las miserias del mundo, de su misión de apóstoles de lo bello ó de su vida claustral y solitaria. Llenos, con altiva humildad, de candidez y talento, me hacen la impresión de monarcas destronados, repletos de dolores, pensamientos y virtudes especialísimas. Viven como suspensos entre el cielo y la tierra, en perpetua observación, en constante deslumbramiento, sorprendiendo bellezas que resplandecen más en sus ojos, como las gracias de la mujer amada brillan más y mejor en la pupila del amante.

Los hemos visto ya en sus grandezas. Pero no hay sólo rosas en su camino... Su aprendizaje es penosísimo. Pasan días y noches contemplando la labor del maestro y ayudándole en todo, batallando con la miseria. ¡Qué horas tan largas y qué cadenas tan pesadas antes de sentarse en el taburete del artista! Y, entonces mismo, ¡cuántas tardes invernales sin fuego, cuántos días sin sol, cuántas noches sin sueño! Su conciencia es un campo de batalla en que la fantasía y la realidad se disputan con encarnizamiento su preponderancia y su imperio.

En su interior, la intuición de la gloria; afuera, un sér anónimo que pasa codeado, inadvertido, entre los oleajes de la multitud..... Y, sin embargo, sus amarguras no son menores que las del vencido de Farsalia ó del prisionero de Santa Elena!

Ante las grandes injusticias, caen del entusiasmo al desengaño, como cae el hierro candente al agua helada. Y con razón; puesto que están aturdidos con los aplausos á las mediocridades...

Al fin desfallecen y experimentan el

deseo de la soledad y el anhelo de la muerte. En su caída son víctimas de los sátiros sin conciencia; de los zoilos sin criterio; de los negociantes de cuadros, judíos del arte que debieran ser arrojados á latigazos del templo.

El hombre concluye por desterrar al artista: su visual disminuye; su mano está torpe; su cincel pesado; su inspiración es una esclava rebelde que no le obedece ya. Falta el ambiente á su corazón y el aire á sus pulmones. Quisiera tomar su martillo para romper una á una las cabezas de sus estatuas...

Recordemos á *Laberge*, el pintor de los bosques sombríos, que espiró con el pincel en la mano contemplando ramajes verdes y troncos musgosos, al dibujar su último cuadro, *la selva de Virieu;* á Marilhat, el orientalista ilustre, á quien empujó á la tumba el clima de Dongola, de Abisinia, de Siria, del Alto Egipto, del Cairo, de Alejandría, del Líbano y de Jerusalem, ayudado ese clima en su perfidia por decepciones artísticas que consumieron de melancolía su existencia.

Me inspiran veneración, por lo mis-

mo que son pupilas visionarias; pensamientos en continua oscilación; corazones llenos de inquietudes poéticas; cabezas repletas de fantasmas invisibles; espíritus que viven alternando entre el ensueño solitario y el despertar convulsivo delante de la realidad del modelo, que es el ideal hecho carne. Y en todo caso, espíritus en perpetua tensión, espíritus de los que se ha llevado la voluntad, el vuelo de la ilusión creadora, prendida de las alas, para caer después en los abismos, en esos abismos interiores del arrobamiento artístico.

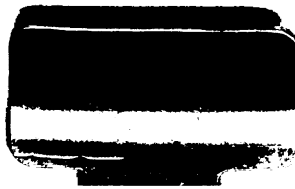
Los venero, porque he visto en ellos, como en nadie, efusiones purísimas, vuelos siderales, accesos líricos y benevolencias socráticas.

Me inspiran veneración los artistas, porque veo en sus frentes una centella caída, no sé de donde!.... Porque los he visto agotarse á la luz del sol y de la lámpara. Porque me han hecho soñar, al punto de que recuerdo haber dejado caer la frente somnolente sobre la almohada, con la cabeza llena de arcillas ideales, estatuas de carne, cuadros semovientes y mármoles tibios,

calentados con el calor del alma, mármoles bañados con los resplandores del otro mundo...

Me inspiran veneración, porque han conseguido dar cuerpo á mis propias impresiones. Porque no he visto nunca á manos humanas recoger mejor las indicaciones de la naturaleza para dar á su conjunto la vitalidad de la idea, tras luchas nobilísimas.

Acaricio la esperanza de que, en fuerza de ello, se me perdone si no he podido pintar al pintor, su modelo y su taller.



UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3023700630
0 5917 3023700630